

LUCES Y SOMBRAS DE MI AGENDA

29 DE NOVIEMBRE

¡A las ocho y media de la tarde de hoy ha fallecido, en Mondragón, don José María Arizmendiarieta!

La existencia de don José María se iba adentrando, poco a poco, en su recta final, cuando tuve la oportunidad de charlar largamente con él. Estaba debilitado, pero muy lúcido y muy comunicativo. Los reparos que le expusieron de un cansancio suyo en la conversación hallaron, como respuesta, una mayor comunicación y preguntas mil. En un momento, me evocó, con emoción, al fallecido arquitecto de gran renombre don Rafael Leoz, que había sido su compañero de dolor en la clínica madrileña. Hablamos de muchas cosas. Mejor: me habló de muchas cosas. A los pocos días, hojeando una revista, me encontré con la fotografía y referencia al desaparecido don Rafael Leoz, a quien la revista describía "como mucho más que arquitecto, el artista de las profundas inquietudes sociales". Guardé el número con la intención de entregar a don José María. No llegué a entregarle. Le había hallado bastante emotivo en nuestra conversación y me pareció que podía impresionarle el recuerdo de su amigo fallecido en la fase que estaba atravesando en su enfermedad. Luego...el proceso irreversible terminó con la resistencia de su fuerte constitución.

De don José María Arizmendiarieta se hablará y se escribirá mucho. En el recuerdo de un amigo, me fijaría en un aspecto que observé en él y que lo sintetizaría en esta expresión: era de un talante teilhardiano. Son claras las distancias y diferencias de Pierer Teilhard de Chardin y José María Arizmendiarieta. Muchas sus coincidencias y convergencias. Personalidades fuera de serie uno y otro, que han dejado su huella en su paso por el mundo, su dedicación especialísima a la paleantología. Evidente genio Arizmendi en el área económico-social. Sacerdotes uno y otro, la incidencia de lo religioso en sus respectivos campos, señaló con líneas características la concepción y vivencia religiosa de los dos sacerdotes. Lo que Teilhard había afirmado, enseñado, Arizmendi ratificaba, enseñaba: "En nombre de nuestra fe, habla escrito Teilhard de Chardin, tenemos el derecho y el deber de apasionarnos por las cosas de la Tierra. Los cristianos no somos desertores del quehacer humano mundano. El trabajo nos hace a nosotros mismos, al tiempo que conseguimos una gran liberación y un gran desasimiento por ser el trabajo un factor múltiple de desprendimiento. Quien se entrega al deber humano siguiendo la fórmula cristiana, aun cuando exteriormente pueda parecer inmerso en las cuitas de la Tierra, en el fondo de sí mismo es un gran desasido. Para el cristiano el interés se halla verdaderamente en las cosas, pero en dependencia absoluta de la presencia de Dios en ellas".

En lo que se ha venido a denominar "Las teologías cristianas del mundo" —el modo de concebir teológicamente cuál debe ser la actitud del hombre ante el mundo, su preocupación por lo profano—, opinaríamos que dentro de las diversas tendencias, diversas concepciones cristianas sobre el problema en cuestión, tanto Teilhard de Chardin (en su mundo y campo) como Arizmendiarieta (también en su campo y mundo) recorrieron en muchos momentos caminos coincidentes.

Prescindiendo de un estudio y probación en este sentido, se nos antojan altamente significativas las palabras que Arizmendiarieta dirigiera, casi en su agonía, al ministro de Trabajo, que había acudido a visitarle: "Mirar para atrás sería una ofensa a Dios; siempre hay que mirar para adelante". Teilhard, pocos meses antes de su muerte, escribía en una carta fechada en New York: "Ruego al Señor que me conserve en forma para que pueda llevar del mejor modo posible, hasta el fin, el advenimiento de su reino, tal como yo la concibo: el encuentro de lo Hacia arriba y de lo Hacia adelante".

¡Descanse en paz el sacerdote, el trabajador infatigable don José María Arizmendiarieta!